

Carta de Brasil

Fernando Henrique y el príncipe Don Juan

Horácio Costa

Hace algunos siglos, incluso hace no muchas décadas, cuando los países se sentían amenazados había un período razonable de tiempo para responder a las amenazas de la desestabilización. Esto, obviamente, en el caso de que se contase con gobiernos razonablemente competentes para defender sus intereses, y razonablemente atentos a la realidad circundante; casos como el de Francia durante el *Ancien Régime* no se aplican aquí.

A guisa de digresión y antes de llegar al punto que quiero enfocar, el del Brasil actual, adelanto un ejemplo muy arraigado en las profundidades de la cultura política brasileña de las élites. Consideremos el traslado de la corona portuguesa a Río de Janeiro en 1808. En los libros escolares siempre se repite que la decisión de cruzar el Atlántico adoptada por el príncipe Don Juan fue tomada de manera brusca como reacción a la invasión de las tropas napoleónicas. Todo es contado como si la Corte portuguesa, teniendo a los generales del general corso en los tobillos, despertase de su proverbial modorra de una sacudida y, aterrorizada y acobardada, implorase a Inglaterra ayuda para zarpar abandonando a sus verdaderos súbditos al invasor. La verdad, mientras tanto, es otra, y poco conocida por el pueblo, según creo, por ser infinitamente más importante para la manutención de la alta cultura política brasileña.

Sucede que la corte portuguesa ya había comenzado a considerar su traslado a Brasil en el reinado de Don Juan IV, poco después de la restauración de la monarquía lusitana, en 1640. La idea, si no me falla la memoria, partió del padre Antonio Vieira, el predicador y visionario jesuita que, como pocos, tenía una noción amplia de los negocios europeos de su tiempo, gracias a las décadas que vivió en diferentes cortes europeas. En pocas palabras: ya durante el período barroco el gobierno portugués comenzó a elaborar el plan de que, en caso de amenaza en la península —especialmente en el caso específico de una invasión por tierra— sería mejor alzar las velas e intentar recomenzar en tierras americanas.

El propio marqués de Pombal, el ministro despótico e ilustrado que reconstruyó Lisboa para José I después del terremoto de 1755, trataba mejor a los brasileños en Portugal que a los propios portugueses en el

ámbito de la administración pública: el segundo escalón del gobierno portugués, en su época, incluía una alta representación de hijos de Brasil en posiciones de poder. Aquello que se podría denominar, en jerga de estrategia contemporánea, el «Plan B» de Lisboa, poco a poco iba tomando forma. Cuando Napoleón invadió la península, Don Juan aún tuvo tiempo de negociar un tratado con Inglaterra, garantizando la protección inglesa para una travesía que no osaba realizar solo ante las narices de la poderosa armada francesa, a cambio de la apertura de puertos brasileños para Inglaterra en posición ventajosa. Con ello, no está de más recordarlo, señalaba, no el certificado de defunción del imperio portugués, como siempre se interpreta esta medida, sino la garantía de su perpetuación: a pesar de parecer moribundo entonces, gracias a esta «retirada estratégica» el sistema atlántico portugués consiguió encontrar aliento para mantenerse durante más de ciento cincuenta años. Pues bien, se pierden los anillos pero quedan los dedos, esta parece ser la moraleja de esta historia, un ejemplo de *Realpolitik* poco conocido.

Pero esos eran otros tiempos; en ellos los relojes corrían más despacio, diríamos. Hoy no. En la posmodernidad todo es cada vez más veloz; quizá la mayor crisis del mundo contemporáneo sea la del tiempo. Dicho esto, las crisis hoy día no piden licencia para presentarse: ni bien se las divisa ya entran por las ventanas, meteóricamente, como los visitantes venidos del cosmos, en los filmes de ciencia ficción.

La historia brasileña reciente está marcada por una difícil ecuación: por un lado el gobierno de Fernando Henrique Cardoso intenta acelerar la sociedad para volverla más adecuada («competitiva» es la palabra de uso) a un escenario internacional cambiante, al cual el epíteto de «meteórico» cae acertadamente. Por el otro, trata de realizarlo en la mejor tradición del «tiempo lusitano» que preconiza, como en el ejemplo anterior, que todo debe cambiar en su apariencia, para que pueda permanecer como siempre fue, respetando los intereses de grupos de poder que no quieren el cambio.

Esa tradición de base se agrava porque la sociedad, como un todo, exige que este cambio se resuelva a lo largo de un lapso razonablemente breve, en un marco ampliamente democrático, en el cual todas las tendencias tengan derecho de representación y puedan ejercer el derecho de expresión.

Si nadie discute que el imperio de la democracia representativa sea el más propicio para resolver los traumas originados por un pasado autoritario reciente, todavía bien presente en la memoria de los ciudadanos, en los últimos días –en los cuales el sistema financiero del país fue acosado por un ataque especulativo internacional– es necesario discutir a este gobierno

democráticamente elegido para resolver algunos de los más apremiantes problemas nacionales, herencia de siglos pero que se acumulan de manera evidente en los últimos años. De paso: esos años han sido de efectiva transformación económica y social, en un plano de estabilización que parecía ir bien hasta que un enorme déficit en las cuentas públicas reveló, estrepitosamente, su talón de Aquiles. ¿Hasta cuándo podrá la clase política brasileña mantener viva nuestra tunante tradición de colocar paños calientes en las cosas públicas para evitar los grandes enfrentamientos que caracterizan el proceso histórico de casi todos los pueblos? Los Bragança contaban con un «Plan B» en el seno de su tiempo histórico de lento curso. Fernando Henrique no tiene alternativa que no sea la de aprovechar la hora de su reelección para de una vez acelerar el tiempo brasileño, en consonancia con el tiempo internacional de hoy, alucinantemente rápido.

No vale para nada ahora lamentarse sobre los culpables de tal situación de emergencia, ni querer sacar un «Plan B» del bolsillo. La alternativa que las izquierdas parecen ofrecer ahora, como simbólicamente encierra la foto de Lula, el candidato del PT (Partido del Trabajo) abrazando a Fidel Castro en Brasilia, parece apuntar, de nuevo, hacia la presencia de un Estado omnívoro, culpable del déficit que nos lanza a más de una de nuestras crisis periódicas.

En la radical reforma del Estado parece residir la única salida de la sociedad brasileña democrática. Para lo cual el próximo gobierno tendrá que olvidar de una vez la tradición tunante a que me he referido, y emprender la única vía posible: la del control en las cuentas públicas. El gobierno de Cardoso creó los mecanismos para mostrar a la sociedad que debía apretarse el cinturón, adelgazar, racionalizarse, es decir: volverse más competitiva, más «moderna». Las empresas rápidamente se adhirieron al credo liberal, que todas las musas de la economía internacional cantan al unísono en este final de milenio. Grandes corporaciones estatales fueron privatizadas, el sistema fiscal se agilizó y nunca se pagaron tantos y tan copiosos impuestos en Brasil. Las familias, los trabajadores en suma, a pesar del creciente desempleo, parecen preferir pagar su cuota de sacrificio que apostar por un cambio de rumbo, como los resultados electorales llevan a creer.

Aun así, el Estado brasileño continúa despilfarrando, y el congreso nacional, los congresos federales y los ejecutivos municipales, influidos por la mencionada cultura política ancestral, aún siguen abiertamente los hábitos de conquistar y mantenerse en el poder con la negociación de favores y prebendas, los cuales hacen que el nivel de corrupción se perpetúe, en este Brasil neoliberal, como siempre existió. El déficit en las cuentas

públicas para 1998 se prevé en 7,5% del PIB. Lo proyectado era 3,5% de un PIB de más de ochocientos billones de dólares. Así no es posible: la sociedad sola no puede hacerse cargo del peso de la apremiante transformación; o el Estado cumple con su parte o no se obtendrá ningún buen resultado.

Desde Lisboa el perfil de las montañas de Río de Janeiro, repetido en innúmeros grabados de 1800 y aludidos en los relatos orales y escritos de generaciones de viajeros, debía parecer fabuloso. Los portugueses estaban allí, en medio del *maelström* europeo, y era difícil soñar con la naturaleza y las promesas de su gran colonia americana. El «Plan B» no se realizó, no hace falta decirlo, sólo en función de la invasión napoleónica: la fábula del Brasil-cornucopia estaba ya plantada en el centro del imaginario de la cultura portuguesa (quizás los lusitanos no estén de acuerdo), incluso en el de la cultura *política* de las clases dominantes en Portugal. Tiempos quizás más felices (para los que tengan tiempo de sentirse felices, claro, no para los esclavos), de horas más lentas, dictadas por relojes menos voraces.

Pero ya no hay tiempo para que Fernando Henrique Cardoso transija como los nostálgicos de cualquier «Plan B» a la príncipe regente Don Juan. Los políticos brasileños en masa, con su irresponsabilidad perdularia, dan la impresión de que si pudiesen dejarían felices los embates de este Brasil para exiliarse en un país de fantasía, bien distante, del otro lado de algún océano mental, con tal de que allí tuvieran la suerte de continuar malgastando el dinero público por lo menos, digamos, unos ciento cincuenta años.

De una vez por todas, el presidente debe erradicar la idea de ganar tiempo: erradicarla de sí mismo y, en la medida en que sea posible, también de la mentalidad de los próceres de la famosa «alta cultura política brasileña». Ahora sólo hay tiempo para perder. No hay dónde ir, ni en las lindes del imaginario: ya nos declaramos independientes algunas veces, nuestra constitución de 488 artículos es un primor del género de la literatura fantástica: ya construimos Brasilia, y ya abrimos Transamazónicas; en resumen: ya erigimos todas las utopías a las que teníamos derecho. Y miles de millones de dólares salen del país cada día.

(Traducción: Juan Malpartida)